

Editorial

Terrorismo

EL 11 de septiembre quedará en la historia universal de la infamia por dos agresiones, igualmente sobrecogedoras, contra la vida, las libertades y la dignidad humanas: el golpe militar de 1973 en Chile y los atentados terroristas perpetrados en Nueva York y Washington en el presente año. Son dos delitos sangrientos de magnas proporciones que corroboran el peligro letal que entraña el uso de la violencia, bajo cualquier bandería, para la estabilidad social y la convivencia civilizada entre individuos y entre naciones.

Los *kamikazes* que el 11 de septiembre pasado secuestraron aviones comerciales repletos de pasajeros y los estrellaron en las torres del World Trade Center y en el edificio del Pentágono, ejecutando la acción terrorista más espectacular y devastadora de la historia, tenían el designio de golpear a Estados Unidos en los símbolos de su poder financiero, militar y político, pero impactaron en el conjunto del sistema democrático y, como observó el secretario general de la ONU, Kofi Annan, «hirieron al mundo entero».

El extremismo político, el fanatismo religioso, el nacionalismo fanático, las fobias étnicas y, sobre todo, la fe en la violencia, ingredientes que se combinan de diversas maneras en el terrorismo, no son privativos del mundo islámico. La historia reciente del terrorismo incluye también a Europa, a Estados Unidos, al Lejano Oriente, a África y a América Latina. El terrorismo es una plaga que empezó ensombreciendo la vida de algunas sociedades perturbadas por graves conflictos sociopolíticos y que, a causa de la imprevisión, la vulnerabilidad, o la doble vara de medir que a veces usan las democracias, y de la complicidad de regímenes autocráticos que se han servido de él, ha acabado por poner en crisis la seguridad mundial.

Sea de la magnitud que sea, prodúzcase en el sitio donde se produzca, y aunque se practique en nombre de las más legítimas reivindicaciones del pueblo más agraviado y oprimido del planeta, el terrorismo es una actividad criminal, intrínsecamente perversa además de insensata, de ningún modo justificable, como tampoco son justificables el genocidio, el asesinato de prisioneros, la tortura, la

esclavitud y todo lo que atente contra la integridad física y la dignidad de las personas. Ante este monstruo decidido a destruir los valores humanos, devorar nuestras libertades y devorarnos a nosotros mismos, el mundo democrático no puede permanecer ni inerte ni inerme.

La masacre del 11 de septiembre, interpretada por el Gobierno norteamericano y la OTAN como un acto de guerra contra Estados Unidos, ha puesto a este país y a sus aliados en zafarrancho de combate. Estamos asistiendo al inicio de una guerra que seguramente será larga, muy compleja —por la naturaleza y ubicuidad del enemigo— y, como todas las guerras, costosa en vidas y en bienes y de consecuencias impredecibles. Aunque se anuncia como un enfrentamiento entre civilización y barbarie (igual en su fundamento al que tuvo lugar en los Balcanes cuando la Unión Europea y Estados Unidos defendieron a los musulmanes bosnios del ultranacionalismo panserbio de Milósevic) y no como una cruzada contra ninguna etnia, cultura o religión, entraña el riesgo de derivar en un indeseable choque de civilizaciones. Ya hay interesados en que se vea de esta última manera.

A Estados Unidos, como país agredido y en peligro de sufrir nuevos ataques, el Consejo de Seguridad de la ONU y la Unión Europea le han reconocido el derecho a responder militarmente a quienes identifica como sus agresores. Pero no serán los tanques ni los misiles, ni siquiera los comandos mejor entrenados o los policías más sagaces, los que acaben con el terrorismo, ni en Oriente ni en Occidente. Mientras los problemas sociales, políticos y económicos que lo originan y alimentan no sean resueltos, seguiremos siendo, todos, en cualquier parte del mundo, víctimas de ese monstruo de mil cabezas.